

PROYECCIÓN TERRITORIAL COMUNITARIA EN LA CIUDAD DE MÉXICO: EL CASO DEL MOVIMIENTO URBANO POPULAR

EFRAÍN LEÓN HERNÁNDEZ

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
efrainleon@prodigy.net.mx

KATIA MEAVE FERNIZA

Estudiante de la Facultad de Economía
Universidad Nacional Autónoma de México

ALAIN RAMOS GARCÍA

Facultad de Economía
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

El siguiente trabajo tiene como objetivo proponer el concepto de Proyección Territorial Comunitaria como componente de análisis y acción política, con el objetivo de concebir los movimientos sociales y comunidades organizadas desde su capacidad de planeadores territoriales del espacio rural y urbano. Esto permitirá una aproximación a las diferentes problemáticas que enfrentan dichas organizaciones, así como, las estrategias organizativas y objetivos políticos con los que reaccionan. Todo lo anterior a partir de una recopilación de diferentes experiencias de organizaciones pertenecientes al Movimiento Urbano Popular (MUP) en la Ciudad de México.

PALABRAS-CLAVE: Ciudad de México. Movimientos sociales. Proyección territorial comunitaria.

PROJEÇÃO TERRITORIAL COMUNITÁRIA NA CIDADE DO MÉXICO: O CASO DO MOVIMENTO URBANO POPULAR

RESUMO

Este trabalho tem como objetivo propor o conceito de Projeção Territorial Co-

munitária como componente de análise e ação política, com objetivo de conceber os movimentos sociais e comunidades organizadas desde sua capacidade de planejadores territoriais dos espaços rural e urbano. Isto permitirá uma aproximação com as diferentes problemáticas que enfrentam as ditas organizações, assim como as estratégias organizativas e os objetivos políticos contra as quais reagem. Todo o anterior, a partir de uma reunião de diferentes experiências de organizações pertencentes ao Movimento Urbano Popular (MUP) da Cidade do México.

PALAVRAS-CHAVE: Cidade do México. Movimentos sociais. Projeção territorial comunitária.

GRASSROOTS SPATIAL DESIGN IN MEXICO CITY:
THE CASE OF THE *MOVIMIENTO URBANO POPULAR*

ABSTRACT

The purpose of this paper is to present the Grassroots Spatial Design concept as a part of a specific approach both to scientific analysis and to political action, with the aim of conceiving the social movements and organized communities from the viewpoint of their capacity as grassroots planners of both rural and urban spaces. This will allow an approach to the different troubles which these organizations must face, as well as to the organizational strategies and political goals to which they react. All of this is done here on the basis of an analysis of different experiences of organizations belonging to the *Popular Urban Movement* (MUP) in Mexico City.

KEY WORDS: Mexico City. Social movements. Grassroots spatial design.

*... nosotros decidimos que no queríamos que cruzara una avenida por aquí, porque nos iba a separar, porque nos iba a dividir... porque un espacio así limitaría nuestra vida comunitaria.
Malena Ferniza (Movimiento Urbano Popular¹)*

INTRODUCCIÓN

La Ciudad de México o zona metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM)², es una de las urbes más complejas y contradictorias del planeta. Su espacialidad, resultado de la cristalización de un sin número de prácticas e intereses particulares de clases, se ha constituido en un gigantesco mosaico material e inmaterial de formas y funciones con diversas profundidades históricas (SANTOS, 2000). Es, trayendo la noción utilizada por Marcelo Lopes de Souza (2006), un complejo y enorme tejido socio-político-espacial urbano fragmentado, portador de las tensiones y contradicciones de los grupos sociales que la constituyen.

El espacio urbano de la Ciudad de México es la cristalización de una diversidad de proyectos políticos particulares de espacialidad y espacialización social superpuestos entre sí. Portador entonces de un cúmulo de territorialidades urbanas, es decir, de territorios³ que surgen de múltiples direcciones políticas, que definen nuevas formas y funciones espaciales en su constante proceso práctico y político de territorialización. Una multiterritorialidad⁴, o geograficidad urbana,

¹ Agradecemos la confianza que nos brindaron compañeros de organizaciones del Movimiento Urbano Popular en la Ciudad de México y de la comunidad de inmigrantes indios oaxaqueños. Sin ella, sin su experiencia y ejemplo en la lucha territorial, este trabajo carecería de sentido.

² La Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) es la suma de unidades político-administrativas completas que contienen el Área Urbana o zona con continuidad física de usos de suelo urbanos. Es una zona dinámica, ya que se ajusta cada periodo de acuerdo a su crecimiento. Actualmente la conforman las 16 delegaciones del Distrito Federal y 45 de los 122 municipios del Estado de México (Covarrubias, 2000).

³ Nos apoyamos de una noción de territorio que contiene tres momentos del proceso de conciencia y acción político-espacial de grupos sociales: el condicionamiento que imprime a la acción política la espacialidad material e inmaterial existente; la posibilidad de manipulación instrumental de la espacialidad social bajo una política dirigida a objetivos concretos; y como concreción de proyectos espaciales particulares.

⁴ Aquí seguimos de cerca la noción de multiterritorialidad que utiliza Bernardo Mançano Fernandes (mimeo), entre varios otros geógrafos brasileños. En ella se asume una interpretación del proceso de formación territorial no sólo como el espacio de gobernabilidad estatal, en cualquiera de sus escalas. Se incluye además una noción de existencia múltiple de territorialidades no gubernamentales ni totalizadoras, que pueden ser continuas o discontinuas, conformar un todo o una parte, pertenecer a una persona, colectivo o institución, y que tiene como rasgo fundamental ser cristalización material o inmaterial de la relación social que las produce.

que además de ser diversa, múltiple y contradictoria, es condición y resultado de la acción política de diversos grupos. Es decir, que la geograficidad material e inmaterial presente es también determinante inevitable de la re-configuración de la urbanización futura. Y por ello, mediación insoslayable de toda práctica social, siempre susceptible a ser manipulada y puesta al servicio de un proyecto político, de un interés particular de clase, grupo o individuo (LEFEBVRE, 1976).

El espacio urbano en tanto que cristalización de proyectos particulares de planeación u ordenamiento territorial, se constituye en instrumento político de poder. Proyecciones territoriales inscritas en relaciones de poder de la más diversa índole que resultan tanto de la planeación de aparatos gubernamentales, empresas y delincuencia organizada que intenta adecuar la espacialidad social a sus propios fines, como de la acción política de comunidades organizadas y movimientos de reivindicación social.

Este trabajo resalta la proyección territorial que surge de movimientos sociales y comunidades organizadas. Busca contribuir en el desarrollo de una propuesta interpretativa que permita concebir la actividad política comunitaria desde su función de agente que define su propia especialidad. Una alternativa interpretativa desde el propio movimiento social para que se descubra como actor territorializante, y no sólo territorializado.⁵ Es decir, como organizaciones sociales que comunitariamente definen acomodos, relaciones, formas y funciones espaciales, al tiempo que en diversas escalas resisten a proyecciones territoriales provenientes de grupos de poder político y económico.

Desde un diálogo con organizaciones del Movimiento Urbano Popular de la Ciudad de México, buscamos contribuir en un ejercicio que permita a esta organización social mirarse en su experiencia de planeadores o planificadores comunitarios del espacio urbano y compartirla a organizaciones hermanas de otras latitudes.

LA PRODUCCIÓN COMUNITARIA DEL ESPACIO URBANO

Como hemos mencionado, el espacio urbano de la Ciudad de México es portador y consecuencia de distintos proyectos políticos de gestión del tejido

⁵ Sobre el rol activo de los movimientos sociales en su función de agentes de “planeamiento crítico” (*planejamento crítico*), e incluso de “autoplaneamiento” (*autoplanejamento*), ver: Souza, 2006. En este libro el autor desarrolla una extensa reflexión teórico-conceptual sobre el tópico basada en estudios empíricos.

socio-político-espacial; de la gestión políticamente consciente del acomodo, la fisonomía y el metabolismo de formas y funciones espaciales, es decir, portador y consecuencia tanto de los componentes estrictamente materiales de las formas urbanas como de las funciones jurídicas, comunicativas y simbólicas que las con-forman y dinamizan. En estricto sentido portador de proyecciones territoriales múltiples, en tanto que proyectos políticos particulares de reconfiguración del tejido socio-político-espacial. Proyectos territoriales que a su vez contienen estrategias políticas, sus propias contradicciones internas y la práctica política necesaria para cristalizarlos, digamos ahora en sentido estricto, para geografizarlos.

En ellos se define la división territorial del trabajo, la concentración o dispersión de población por clase, grupo y/o etnia; la concentración o dispersión de la producción y el consumo; se modifican usos de suelo, se determinan servicios, áreas verdes, centros de salud y vivienda, se establecen espacios de recreación, áreas de comercio formal e informal, zonas de tolerancia para la prostitución, depósito de residuos, e incluso, zonas de delincuencia. Igualmente se define la desigualdad urbana, la exclusividad y marginación, el tipo de vida comunitaria y, en última instancia, los componentes materiales e inmateriales que resultarán abundantes o escasos de acuerdo a las necesidades de clases, dentro y fuera de la propia Ciudad de México (León, en prensa).

Desde este enfoque, la proyección territorial conjunta de la Ciudad de México no sólo está compuesta por la que implementan aparatos gubernamentales y grupos de poder económico y político, sino además por los proyectos territoriales que surgen de movimientos sociales y comunidades organizadas. La conforman entonces, un cúmulo de proyecciones territoriales comunitarias, diferenciadas de la proyección territorial que ejercen aparatos gubernamentales, capital privado y delincuencia organizada.

Una proyección territorial comunitaria – no siempre contrapuesta a la propuesta gubernamental –, que muestra su especificidad: al impedir proyectos territoriales del gobierno, de empresas y delincuencia organizada; al instrumentarlos para su propio beneficio; y al producir, desde sus propias necesidades, nuevas territorialidades comunitarias (GONÇALVES, 2002).

Nuevas relaciones socio-político-espaciales que no necesariamente modifican formas materiales preexistentes, pero que invariablemente las refuncionalizan, que contienen diversas profundidades históricas en estrategias orga-

nizativas de lucha y resistencia y que muestran gran diversidad en las apuestas políticas alternativas para su futura territorialización. Así, mientras comunidades urbanas modifican formas y funciones espaciales mediante su acción política, definen la multiterritorialidad comunitaria urbana. Una espacialidad proveniente de un verdadero y continuo proceso de espacialización urbana, dirigido por la heterogénea acción política de movimientos sociales y comunidades en su lucha por la ciudad, en su lucha “¡por el lugar en que se vive!”⁶

LA PROYECCIÓN TERRITORIAL COMUNITARIA DEL MOVIMIENTO URBANO POPULAR EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Plantear la posibilidad de que el movimiento social urbano pueda dirigir políticamente el proceso de producción material e inmaterial de espacialización de la Ciudad de México podría parecer un exceso, más aún si consideramos la magnitud de esta megaurbe y sus múltiples problemas. Demostrar que dicho movimiento no sólo tiene la capacidad potencial para hacerlo, sino que en los hechos lo viene haciendo, implica un reto aún mayor.

El Movimiento Urbano Popular (MUP) es en realidad un enorme frente de organizaciones sociales urbanas que tejen su identidad política en la lucha por la obtención de vivienda popular digna. Sumamente heterogéneo en el resto de sus objetivos políticos, el MUP muestra además una amplia diversidad tanto en sus estrategias, como en el grado de independencia respecto a otros gremios y sectores, incluyendo el gubernamental.

En este frente participan varias organizaciones sociales locales, que luchan por crear alternativas educativas populares, organizaciones de vecinos y de vendedores en el comercio formal e informal,⁷ participan también organizaciones de inmigrantes indios de diversos puntos del país que mantienen vínculos con sus lugares de origen; y organizaciones con presencia nacional, que además actúan políticamente en otros movimientos como el campesino y el sindical.

Esta diversidad en formas y escalas de actuación hace que el MUP pueda manifestarse, no sólo como un frente que contiene un número importante de

⁶ Lema de lucha y resistencia en contra de la urbanización salvaje de comunidades asentadas al sur de la corona de pueblos y ciudades que circundan la Ciudad de México.

⁷ Cuando hablamos de comercio formal nos referimos al que se encuentra regulado por las leyes mexicanas; el caso del comercio informal refiere fundamentalmente el de vendedores ambulantes y todos aquellos que no tienen regulada su actividad económica, mas no por ello delictiva como la venta de drogas.

organizaciones con agendas políticas diversas – expresión de su diversidad y riqueza política –, sino también con capacidad de actuación en distintas escalas de acuerdo a su correspondencia gremial y presencia local, estatal o federal. Lo cual implica – potenciándolo a futuro –, capacidad real de incidencia en la política territorial gubernamental y de generación de proyectos territoriales propios.

Sin embargo, la importancia que la obtención de vivienda tiene para este frente ha sido aprovechada para “corporatizar” algunas de sus organizaciones, mediante la compra de líderes corruptos y/o buscando la instrumentación partidaria del movimiento. Proceso de “clientelismo político”⁸ estatal, de compra política del movimiento a cambio de favores. Lo que no debe confundirse con la cercanía o correspondencia que algunas organizaciones de este frente mantiene con el gobierno local, mismas que se han mostrado en la aplicación gubernamental de estrategias de ordenamiento territorial impulsadas por el movimiento.

Hay que decir que la proyección territorial comunitaria no refiere de ningún modo a la que surge de organizaciones corporativizadas por aparatos gubernamentales, independientemente que la gente que participa en ellos pueda verse beneficiada con vivienda digna y que se constituyan en portadoras de espacialidad e incluso de proyecto territorial propio.

Por lo anterior es que la proyección territorial comunitaria que surge del MUP tiende a ser contradictoria y no libre de tensiones. En realidad, sería un error pensar que este frente se constituye como actor político homogéneo en su proyección territorial, más allá de la heterogeneidad de intereses, estrategias de lucha y del corporativismo político de algunas de sus organizaciones.

En primer lugar, los integrantes y organizaciones del movimiento entienden de maneras muy distintas su territorio, en ciertos sentidos nociones complementarias pero en otros contrarias e incluso contrapuestas. Consecuencia de ello, una diversidad amplia de momentos en los que la espacialidad urbana está presente en la definición de sus objetivos y acciones políticas.

En realidad, la espacialidad urbana del complejo tejido socio-político-espacial urbano y la territorialización o espacialización políticamente dirigida por el movimiento urbano, no siempre se encuentra en su agenda política. No

⁸ Sistema político extraoficial de intercambio de favores en el que interviene la función pública dando concesiones a cambio de apoyo político de diversas índoles.

obstante, es importante subrayar, que esta ausencia no sugiere que su acción política deje de ser constantemente determinada por la espacialidad urbana material e inmaterial vigente, ni mucho menos que su propia lucha y resistencia no traiga consigo la reconfiguración de esta especialidad. Se trata solamente de heterogeneidad en la conciencia espacial dentro de la actividad política de cada una de las organizaciones del MUP, de las repercusiones que la espacialidad establecida acarrea en su acción y de la posibilidad de instrumentar la espacialidad urbana para ponerla a su servicio.

Dos casos ejemplares de proyección territorial comunitaria del MUP, son los que desarrollan en las colonias “El Molino” y “Los Frentes”, ambas ubicadas en la delegación Iztapalapa en el extremo oriente del Distrito Federal. Estas colonias son grandes asentamientos en los que participan varias organizaciones del MUP y que durante más de 25 años de lucha han transitado ya por varias etapas en la proyección comunitaria de su territorio. Mismas que van desde lucha por suelo y vivienda, hasta trabajo político por definir espacialmente infraestructura urbana comunitaria como mercados, centros deportivos y de reunión, plazas públicas, centros de agricultura urbana, etc. Lo cual no quiere decir que en estas colonias la lucha por vivienda haya concluido, pues en ambos casos se mantienen “acampamentos” o asentamientos de vivienda provisional.

En estas colonias la gestión territorial comunitaria va más allá de la refuncionalización de formas materiales ya existentes. Se construye y reconfigura materialmente el espacio urbano como proyecto territorial propio del movimiento conforme se construye vivienda. Se definen emplazamiento y acomodo de lugares destinados a la habitación así como a la vida comunitaria. Pero al mismo tiempo, se refuncionalizan los ya existentes, se parte de la traza urbana, de las avenidas y calles e incluso de centros productivos y comerciales ya establecidos, pero se dinamizan de manera distinta. En muchos de los casos, mientras se refuncionalizan los espacios en su dinámica inmaterial propia al movimiento, se construyen las condiciones para redefinir materialmente su forma espacial. No bajo control o gestión gubernamental, sino de acuerdo a la propia necesidad comunitaria expresada en asambleas de colonos, es decir, desde la definición del uso que se le dará al espacio urbano que surge de discutir colectivamente las necesidades que les son comunes.

Caso paradigmático representa la lucha desarrollada en la colonia de El Molino. En ella se expresó con claridad la pugna geopolítica entre el MUP y

el gobierno por cristalizar propuestas territoriales distintas. Mientras el plan de desarrollo urbano de la entonces regencia del Distrito Federal⁹, incluía en la proyección de la traza urbana la construcción de una avenida de cuatro carriles y camellón central, que pasaba justo por el corazón de la colonia, las organizaciones que ahí habitaban tenían en mente un uso distinto para ese espacio. Como para ellas la construcción de esta avenida implicaría la fractura de su tejido social y político, mediante la resistencia organizada acompañada de un proyecto territorial establecido desde la propia comunidad, lograron frenar su construcción y destinar el espacio para equipamiento urbano que la comunidad consideró necesario. Se construyeron mercados, centros productivos, culturales, deportivos y diversos proyectos comunitarios como el de agricultura urbana. Hay que decir además que la avenida propuesta desde la regencia del Distrito Federal no se constituía como una arteria fundamental para la vialidad urbana local, ni regional, ya que no conectaría la zona con ninguna arteria principal.

ACTUALIDAD TERRITORIAL DEL MOVIMIENTO URBANO POPULAR

El estado actual de crecimiento caótico de la Ciudad de México refiere una verdadera situación de urbanización salvaje – situación caracterizada así por Andrés Barreda¹⁰, de acuerdo a los rasgos que la urbanización neoliberal ha adquirido en este periodo de capitalismo salvaje –. Esta situación, resultado de la desregulación de todas las actividades económicas públicas y privadas de la ciudad, característica de la política económica neoliberal vigente desde las últimas dos décadas del siglo pasado, ha repercutido en un desbordamiento de problemáticas urbanas que enfrentan movimientos sociales y comunidades organizadas. Es cada vez más alarmante el crecimiento desordenado y desmedido de la ciudad, el incremento de espacios de autosegregación y exclusividad para clases privilegiadas junto con el abandono gubernamental cada vez mayor de innumerables áreas de marginación, que además facilita el arribo de la delincuencia organizada. El abandono de políticas públicas, que favorecían la

⁹ Hasta antes de 1990, el gobierno o regencia del Distrito Federal, era impuesto a sus habitantes directamente desde el poder Federal. Sólo desde esta fecha comenzó un nuevo periodo en la administración pública donde su gobierno es electo democráticamente.

¹⁰ Director del Centro de Análisis Social, Información y Formación Popular, A. C. (CASIFOP).

construcción de vivienda popular de manera autogestionada, ha fortalecido la proliferación de espacios exclusivos como en el centro histórico, mientras que en la periferia urbana trae consigo la masificación de unidades habitacionales que propician hacinamiento y escasez de recursos. La desregulación del transporte público, aunado a su poca eficiencia, trae consigo la saturación de vialidades e incremento de contaminación atmosférica. El cambio de hábitos de consumo dirigido por la expansión de centros comerciales destruye economías locales, y sumado a la desregulación productiva y comercial acarrea la proliferación de tiraderos a cielo abierto – legales y clandestinos –, que ocasionan verdaderas epidemias de enfermedades infecciosas y degenerativas que en muchos casos llegan hasta el cáncer y mutaciones genéticas. Frente a este escenario de espacialidad urbana salvaje, correspondiente a la ciudad neoliberal latinoamericana, es que se decantan proyectos territoriales comunitarios en su lucha geopolítica entre clases: en su lucha geopolítica comunitaria, en tanto que lucha entre clases por los espacios urbanos, por la espacialización comunitaria de la Ciudad de México.

Por otro lado, la cada vez más violenta y penetrante idea idílica del bienestar urbano, según se promueve, resultado inevitable del crecimiento y desarrollo económico de cualquier país, ha definido una situación aún más complicada para inmensos sectores de población india. Se niega su cultura bajo el supuesto de representar figuras atrasadas que no acompañan el progreso de la urbanización mestiza, se niegan sus usos y costumbres, tradiciones ancestrales, fiestas, hábitos cotidianos y formas de toma de decisiones. Así, mientras se subordinan sus necesidades a la lógica urbana de individualización y privatización de espacios, en el mismo grado se destruyen sus lazos comunitarios y formas indias de vida.

Felizmente no todo es desarticulación de lazos comunitarios y destrucción de condiciones materiales de reproducción social: desde las organizaciones urbanas, mestizas e indias, autóctonas e inmigrantes, que hacen parte total o parcialmente del MUP, también se desprenden proyectos territoriales alternativos a la espacialidad salvaje de la Ciudad de México.

Presentamos aquí tres casos que pensamos muestran la especificidad territorial de las problemáticas que actualmente enfrentan las organizaciones del MUP en el contexto de crisis neoliberal de la ciudad latinoamericana. Tres casos que responden a realidades particulares que impone la espacialidad urbana

conjunta de la Ciudad de México a las organizaciones de Movimiento Urbano Popular: el proceso de densificación y revalorización económica del Centro Histórico de la ciudad, expresado en lenguaje académico y político como “Rescate del Centro”; la especificidad que adquiere en la periferia urbana el proceso de subordinación de la ciudad neoliberal sobre el campo; y la especificidad que adquieren las formas organizativas en la que participan inmigrantes indios – en consideración de la complejidad y diversidad interna de estas organizaciones, para este trabajo se ha rescatado sólo la experiencia de proyección territorial de comunidades indias provenientes del estado de Oaxaca.

La densificación del centro de la metrópoli

Los planes de reordenamiento territorial del gobierno federal y local para la Ciudad de México incluyen el fortalecimiento de su función de corazón financiero del país. En su forma espacial esta función se cristaliza en el corredor comercial y financiero Santa Fe-Reforma y su pretendida prolongación hasta el centro histórico de la capital – al menos en esta etapa, ya que el proyecto propone la construcción de varios corredores comerciales y turísticos más en toda la ciudad. En estos planes, el centro de la Ciudad de México se proyecta como un espacio reservado para la vida comercial, social y cultural de la pequeña y gran burguesía nacional e internacional. Tal como actualmente sucede en la mayor parte de las ciudades importantes de los países periféricos donde se aprecia la especificidad latinoamericana del supuestamente neutral e incluyente “rescate” de los centros urbanos – o gentrificación –¹¹ para su posterior uso democrático.¹²

¹¹ “Gentrificación” procede de la palabra inglesa *gentry*, que refiere a la baja nobleza. En su uso conceptual, esta noción hace referencia al aburguesamiento de regiones centrales de las ciudades. Proceso que se define cuando un barrio de clase popular, que ha sufrido una situación previa de abandono y degradación, vive un proceso de revalorización económica. La cual implica la expulsión de sus habitantes tradicionales y su sustitución por habitantes de clases medias y altas.

¹² Bajo el supuesto del abandono y hasta vaciamiento poblacional de los centros de las grandes ciudades, normalmente es expresado en el lenguaje académico y político como “rescate” de los centros históricos para su revalorización económica y uso ciudadano incluyente. No obstante, desde la perspectiva de la lucha comunitaria, este supuestamente neutral y democrático “rescate” de los centros históricos, es el rescate del espacio actualmente usado por los pobres para uso y disfrute de la burguesía. Desde la perspectiva de la geopolítica comunitaria surgen las siguientes preguntas: de qué o quién se pretende rescatar este espacio; para qué usos y en beneficio de que sectores sociales se realiza; cuáles son las estrategias para implementar este supuesto rescate y para resistirlo; y cuáles son las consecuencias de esta lucha geopolítica entre clases sociales.

Desde el año 2000, el proyecto territorial del gobierno de la Ciudad de México incluye una política de redensificación poblacional de la zona centro. Conocida con el nombre de Bando 2, la política urbana de la ciudad promovía la construcción de vivienda en las delegaciones centrales y restringía el crecimiento urbano en las periféricas (TAMAYO, 2007). No obstante, la implementación de leyes que prohibían el crecimiento de las delegaciones periféricas desencadenó la especulación, incrementó la renta y el costo del suelo e inmuebles en el centro de la ciudad, lo que ocasionó que sólo sectores de alto nivel adquisitivo tuvieran acceso a esta área. En complemento a estas normas, el gobierno capitalino eliminó partidas presupuestales destinadas a apoyar la adquisición de suelo. Medida que también limitó a organizaciones populares en su capacidad para adquirir terrenos y la posterior construcción de vivienda, ya que dependían de estos recursos.

El resultado práctico de la implementación de esta política es que la iniciativa privada es quien realmente capta los recursos gubernamentales para construir vivienda. Al separar en los programas gubernamentales la compra de suelo de la construcción de vivienda, la iniciativa privada se vio beneficiada por ser la única con capacidad real de compra de tierra. Como en las nuevas leyes la propiedad de suelo es condición para recibir créditos y subsidios para construir vivienda, la industria inmobiliaria se convirtió en los hechos en la única con capacidad real para captar los recursos provenientes de los ahorros de los trabajadores, y única beneficiada también de los subsidios que el gobierno otorga para la adquisición de vivienda de interés social.

Pero el proyecto territorial para el centro de la Ciudad de México no se materializa sobre un espacio vacío, ni mucho menos neutral. Desde hace más de quinientos años esta región de la ciudad ha sido un importante núcleo político con alto valor socioeconómico para muchos grupos y clases sociales. En ella, actualmente se reproducen una serie de relaciones sociales que la han funcionalizado como lugar de comercio para toda la población. A mitad del siglo pasado el centro histórico de la Ciudad de México dejó de preocupar al aparato gubernamental. El proceso de industrialización del país trajo consigo la valorización productiva, comercial y habitacional de otras regiones de la ciudad, por lo que al tiempo que las clases acomodadas abandonaban el centro para instalarse en otras regiones, ingresaba población inmigrante de diversos puntos del país. Así, el cambio de política económica del país de la segunda mitad del siglo

pasado trajo consigo una nueva territorialidad del centro histórico definida y cristalizada por clases populares, tanto de las que ya se encontraban ahí como de reciente llegada. La salida del centro histórico de las clases acomodadas y el incremento de la migración que llegaba a la zona, consecuencia también del abandono económico del campo en el periodo de impulso nacional a la industria, propició el fortalecimiento de una multiterritorialidad urbana de clases populares en esta zona de la ciudad.

Como resultado del abandono gubernamental, las condiciones de vida de los nuevos habitantes y comerciantes del centro de la ciudad eran verdaderamente precarias, pues los edificios en los que vivían o trabajaban sufrían daños que no eran atendidos ni por los propietarios, ni por el gobierno federal o local. Dadas las características arquitectónicas de las construcciones que facilitaban el hacinamiento, se convirtieron paulatinamente en casas con múltiples viviendas de relativamente fácil acceso económico, es decir, en vecindades. En ellas se concentró un número muy alto de familias con poca o nula capacidad de pago. Además, por el bajo costo de renta de estas viviendas, las vecindades atraían a la gente que emigraba de todo el país con la esperanza de encontrar un empleo, así, mientras se hacía cada vez más visible el abandono gubernamental en la falta de servicios, se concentraba un número cada vez mayor de personas con trabajo precario o sin trabajo.

De este nuevo poblamiento surgieron viviendas que se caracterizaron por tener condiciones de verdadero hacinamiento y que, debido a la insuficiencia de servicios, se convirtieron en espacios insalubres e inseguros. Estos espacios estaban habitados por personas que se dedicaban a distintos oficios por lo que, generalmente, carecían de seguridad social y legal. La falta de empleo y la precarización de sectores importantes de la sociedad mexicana, junto a la tradición comercial milenaria en el centro de la ciudad, propició que las calles de esta zona se llenaran paulatinamente de comercio ambulante. Forma de vida que fue creciendo hasta constituirse en actividad económica esencial para un sector importante de los pobladores del centro. Actividad que difícilmente puede separarse del espacio de vivienda, ya que muchos de ellos viven en el mismo espacio que funciona de almacén de los productos que ofrecen.

En algunas de estas vecindades aún coexisten costumbres rurales y urbanas que generaron una identidad comunitaria particular. Se conservan y reproducen fiestas, costumbres y lazos de parentesco propios de la vida rural campe-

sina que conviven con formas de empleo y consumo características de la vida urbana. Caso ejemplar es el barrio de Tepito, localidad de arraigo de comercio popular prehispánico localizada en el corazón de la Ciudad de México en la que existen tradiciones y conciencia territorial comunitaria urbana de mucho arraigo, propias de la comunidad.

A partir de que se implementó el plan gubernamental de reordenamiento territorial en la última década, en el centro histórico nuevamente se muestra la tensión territorial de clase que surge en los distintos proyectos de uso del espacio urbano: el que representa la administración pública y el que se constituye desde la gente que ya lo habita.

Dos ejemplos concretos que funcionalizan el espacio urbano con sentido de clase diferenciado son el comercio y la vivienda. En el primer caso, se aprecia como en el programa de territorialización propuesto por el gobierno esta zona se proyecta como enclave de comercios y establecimientos de bienes de lujo, mientras que los pobladores así como los comerciantes locales lo conciben más en su actual forma y función que permite el empleo comercial y la distribución de mercancías para el pueblo, es decir, desde una territorialidad que permite reunir mercancías de bajo costo en un espacio de fácil accesibilidad para la mayor parte de la población de la ciudad. La dificultad para adquirir vivienda, descrita líneas arriba, muestra como la gente que habita esta zona no tiene la posibilidad económica para mantenerse en el lugar. Como no puede adquirir una de las nuevas propiedades por su elevado costo, ni puede permanecer en las que actualmente habita dado el incremento de la renta, resulta obligada a abandonar la zona.

Este nuevo plan busca que el centro de la ciudad, bajo el argumento de la importancia histórica que representa, se convierta en una zona cultural dirigida a la clase adinerada del país y al turismo internacional. Pero en esta idea de cultura no se incluyen las formas socio-culturales de los habitantes actuales, sus fiestas, tradiciones y hábitos cotidianos. Es decir, los lazos comunitarios económicos y culturales que los definen como comunidades del centro histórico de la Ciudad de México.

Encontramos, que en la orientación que el gobierno busca dar al territorio no caben las formas de comercio existentes. El proceso dominante es la expulsión masiva de comerciantes ambulantes del centro, así como el asedio a pequeños comercios formalmente establecidos mediante el aumento de rentas. La población

que vive en esta zona y que depende del comercio como única fuente de ingresos, no solo es obligada a salir de la zona sino que al ubicarse en otras áreas ya no puede continuar con las actividades económicas que le daban sustento.

Pero existe una resistencia un tanto silenciosa a esta propuesta. Desde algunos habitantes de vecindades y pequeños grupos de comerciantes surge una propuesta territorial propia. Habitantes que se organizan para defender su permanencia en lo que ellos llaman “el pedacito de centro histórico al que tenemos derecho” y que actualmente enfrentan una ofensiva que busca reducir su fuerza política y capacidad de defensa territorial. Ofensiva cada vez más dura que busca la desarticulación de la organización comunitaria mediante compra de líderes, amedrentación y represión directa.

Tal es el caso de la vecindad de Artículo 47, un edificio dañado que nunca fue atendido por nadie y ahora que su valor se ha incrementado significativamente, muchos reclaman como propio, por lo que se pretende expulsar a sus actuales habitantes. En este contexto los habitantes han reclamado al gobierno que expropie y repare el inmueble para que ellos puedan comprárselo en buen estado. La respuesta del gobierno fue realizar una expropiación no justificada en los tiempos legalmente estipulados, dejando a los habitantes en estado de indefensión jurídica.

Otro caso de resistencia territorial comunitaria del centro histórico es el que se da en la vecindad conocida como “Ciudad Bótica”, ubicada en el corazón del barrio de Tepito. Los habitantes de esta vecindad buscan mantenerse en el barrio y recuperar su identidad, las tradiciones que fueron minimizadas conforme el narcotráfico y el mercado negro avanzaron. Actualmente la comunidad ha conseguido obtener un crédito gubernamental para iniciar trabajos de construcción de vivienda digna, pero la comunidad tuvo que lidiar con el gobierno que pretendía convencerlos de abandonar la zona bajo el argumento de la inseguridad y la delincuencia. Así, mientras refuncionalizan las formas espaciales actuales con su organización y resistencia política, sientan las bases para modificar materialmente su propia espacialidad conforme a la proyección territorial que les es común.

Crecimiento desmedido de la Ciudad de México y la periférica urbana

A diferencia de la proyección territorial del centro de la ciudad que responde a una estrategia explícita por parte del gobierno, expresada con la idea

de rescate del centro histórico, la espacialidad de la periferia es sumamente diversa. Es en realidad un gran mosaico de proyectos territoriales particulares de diversos grupos económicos que el gobierno del Estado de México respalda intentando ordenarlos espacialmente. Proyectos de construcción masiva de vivienda popular implementados por inmobiliarias, de construcción de grandes centros comerciales para sectores altos, medios y bajos, centros que pretenden captar el consumo local para restringirlo a su oferta.

Esta lógica de ordenamiento territorial en la periferia urbana y áreas conurbanas a la Ciudad de México es resultado de la maduración de la ciudad neoliberal. Urbanización salvaje que repercute en la vida comunitaria de la periferia urbana y rural de manera diferenciada. En la urbe se destruyen economías productivas y comerciales locales y, al igual que sucede en el centro de la ciudad, se limita la construcción de vivienda popular autogestionada, sólo que esta vez masificando el espacio utilizado para la construcción de gigantescas unidades habitacionales de viviendas de mala calidad y de difícil acceso económico para la mayor parte de la población – viviendas que carecen de servicios suficientes, áreas de recreo y esparcimiento, áreas verdes y de vida comunitaria, y que propician mayor hacinamiento y precariedad. Además producto del cambio de patrón de consumo urbano y de la desregulación ambiental en México, la concentración de rellenos sanitarios, tiraderos a cielo abierto e innumerables tiraderos clandestinos que repercuten en la salud de los habitantes en enfermedades gastrointestinales y respiratorias, infecciones de la piel, cáncer e incluso casos de mutación genética.

El crecimiento desmedido y desordenado de la Ciudad de México, la ciudad más grande de América Latina, se expresa además en la zona rural con la dominación de la ciudad neoliberal al campo. Se genera presión desmedida de acuíferos, bosques y áreas naturales, se disparan procesos de conflicto por la propiedad de la tierra, de apropiación de nuevas tierras para implementar los caóticos proyectos del capital neoliberal en su periferia urbana. Así, mientras se intensifican problemas con caciques – dueños de grandes extensiones de tierra que se dedican a la especulación de tierra –, se agotan recursos naturales indispensables para la vida urbana y rural de la zona. Pero además, con el despojo de tierras y el arribo de unidades habitacionales gigantescas y centros comerciales, se desprende a la población de las condiciones materiales mínimas para mantener su vida rural comunitaria. Al tiempo que se ven imposibilitados para

continuar su vida campesina por falta de tierra y agua para la siembra, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo – o refugiarse en el comercio informal o delincuencia – y a cubrir sus necesidades de consumo en los centros comerciales urbanos. Mismos que a su vez destruyen, como sucede en la ciudad, las redes rurales de producción y comercio comunitario.

El proceso de avance desmedido y desordenado de la ciudad neoliberal suele enfrentar a la población rural con la urbana. Al no percibir que la situación de miseria urbana y rural es resultado de la misma lógica de subordinación salvaje que ejerce la ciudad sobre el campo, las comunidades rurales suelen ver en el arribo de las urbanas el origen de sus problemas, mientras que las urbanas se enemistan con las rurales por entorpecer su arribo y en lo posible impedirles acceso a recursos vitales como el agua.

Ante este generalizado escenario en la periferia urbana de la Ciudad de México, las organizaciones del MUP se enfrentan a una situación contradictoria. Como su principal lucha es por la obtención de vivienda, se ven obligadas a decidir entre continuar con la lógica de crecimiento urbano desmedido, solo que esta vez dirigido desde las propias organizaciones, o intentar modificarlo e incluso revertirlo en reprimenda de su objetivo principal de lucha. Esta disyuntiva ha propiciado que la actividad política del MUP sea distinta en la periferia. Por un lado, se piensa en la construcción de vivienda digna y ecológica. Que también posibilite incorporar actividades productivas propias como la incorporación de proyectos de agricultura urbana, en algunos casos incluso orgánica, e intentos de tejido de redes de intercambio comercial. Con lo que se impulsa el proceso de ruralización de la ciudad como estrategia productiva alternativa y de autogestión del consumo. Proyectos que son aún más difíciles de cristalizar porque requieren de mayor inversión y de extensiones mayores de suelo.

Por el otro, las organizaciones del MUP estrechan relaciones con otras organizaciones que resisten al avance del proceso caótico de espacialización de la ciudad neoliberal. Asambleas en Defensa de la Tierra, del Agua, del Aire y del Lugar en que se vive, que dirigen acciones conjuntas en el campo y en la ciudad, sin importar si se es urbano o rural, si la politización proviene de sectores ambientalistas o sindicales o de organizaciones de barrios o colonias, superando las barreras de lo indio o no indio, respetando la vida campesina y urbana, todas mostrando un frente común que resiste a proyectos particulares

de proyección territorial de la urbanización neoliberal, mientras se reivindican las múltiples formas de vida en cada localidad.

La resistencia al avance de la urbanización salvaje, en la que se incluye la búsqueda de alternativas productivas y reproductivas comunitarias desde una lógica que no contraponga lo rural a lo urbano, respetando las diferencias tanto en formas organizativas como en objetivos de lucha, es el mayor de los retos que actualmente enfrenta el MUP junto con el resto de las organizaciones sociales y comunidades organizadas, en la lucha por una vida más digna, en su lucha por definir y cristalizar territorialidades comunitarias.

La migración india a la ciudad y su proyección territorial comunitaria

Caso particular de proyección territorial comunitaria es la que surge de organizaciones indias. En realidad estas organizaciones, sin perder identidad, hacen parte de la heterogeneidad de la que se componen las organizaciones de los casos anteriormente descritos, pero muestran especificidad en sus necesidades, objetivos políticos y en sus formas de organización y toma de decisiones. En realidad resultan tan diversas entre sí según el grupo indio al que pertenecen – como lo son de organizaciones comunitarias mestizas – que hablar de una proyección india homogénea y unificada resultaría un exceso. A manera de ejemplo en este apartado referiremos sólo la experiencia de proyección territorial comunitaria de algunos pueblos indios migrantes del estado de Oaxaca.

La experiencia india de proyección territorial comunitaria, en realidad se suscribe en un abanico mayor de movimientos sociales al que desarrollan dentro del MUP. El proceso de urbanización del que hacen parte obedece a la conjunción de múltiples actores sociales. La definición de la espacialidad urbana india ha sido resultado de varios proyectos territoriales conjuntos provenientes de sectores de ejidatarios, partidos políticos, instituciones gubernamentales, así como de organizaciones sociales – total o parcialmente indias e incluso mestizas. Organizaciones estas últimas que en muchos casos vinculan más de uno de los sectores anteriores.

La presencia india en algunas organizaciones del MUP influyó decisivamente en sus formas de organización político-social y proyección territorial implícita o explícita contenida en ellas. Con sus prácticas políticas “autogestivas”, usos y costumbres ancestrales y formas de vida comunitaria, impregnaban la configuración espacial urbana refuncionalizando formas espaciales preexistentes, modificando la estructura material adecuándola a sus necesidades.

La migración de los pueblos indios de Oaxaca hacia la Ciudad de México data de las décadas de 1940 y 1950. Inicialmente establecida en el centro histórico, debido a las condiciones de hacinamiento y precariedad de viviendas así como a los altos costos de renta, en las siguientes décadas buscaron mejores condiciones de vida en la entonces periferia de la Ciudad de México. Curiosamente emplazándose justo en contrasentido al flujo migratorio en la zona oriente de la ciudad, en la delegación Iztapalapa en el Distrito Federal, y en el municipio de Nezahualcoyotl, en el Estado de México.

La urbanización del oriente de la ciudad se hizo sobre las faldas de los cerros de la Estrella y de la Tortuga, así como en la parte desecada de los antiguos lagos y pantanos de Texcoco y Chalco. Los pobladores se asentaron así sobre tierras ejidales y “tierras-aguas” nacionales de propiedad estatal, por lo que participaron del proceso de urbanización de la periferia rural de la Ciudad de México y de la disputa con el Estado por la propiedad del suelo que resultaba de la desecación del antiguo lago, una verdadera pugna política por la acumulación originaria del suelo urbano.

Con las primeras demandas de vivienda de movimientos sociales urbanos en esta zona, comunitariamente se estableció la traza urbana. Mientras los ejidatarios fraccionaban sus parcelas para la venta, al definir la forma de los lotes a partir de la anterior traza ejidal rural, definían dimensión y acomodo de los terrenos en los que se construiría la vivienda – de 130 m a 150 m en ejidos de San Sebastián y de 800 m a 1,500 m en los de Santa María Aztahuacán. Por otro lado, en el municipio de Nezahualcoyotl se desarrollaban una serie de “invasiones” a terrenos de propiedad estatal recién ganados al lago después de la puesta en operación de obras de drenaje de la Ciudad de México, ya que eran terrenos que cíclicamente se anegaban en época de lluvias. En esta área se parceló de entre 120 m, 150 m y 200 m, y aunque al inicio no se contaba con la propiedad legal, en los hechos se consiguió la posesión de terrenos no productivos recientemente liberados de sus cíclicas inundaciones. La primera forma de lucha de los movimientos urbanos se dio por el dominio legal de suelo, es decir, por la tenencia de la tierra urbana.

Una vez conseguida la propiedad legal del suelo, la forma de organización social india, definió dos territorialidades escalarmente diferenciadas y complementarias. Una, que se define por la delimitación política del territorio contiguo de las viviendas, la de los barrios o colonias, con lo que surgen organizaciones

indias de colonos urbanos. Y otra, más amplia y no contigua, que refiere una territorialidad fundada en el origen de la inmigración, con lo que se constituye en una red de asociaciones civiles de pueblos indios migrantes del estado de Oaxaca. Los miembros, se fueron agrupando también en el norte y sur de la ciudad pero mantuvieron su epicentro político en las colonias del oriente.

De hecho, la perspectiva territorial que establecen los pueblos indios fundado en su lugar de origen se encuentra en la propia comunidad desde la escala de vivienda familiar. Desde esta perspectiva, la manera particular en que cada familia dispone de su terreno no difiere a la forma colectiva en que se implican las decisiones de todos. La escala de vivienda familiar tiene como rasgo común la construcción de cuartos donde coexisten dormitorio, estudio y cocina, baño exterior, chiqueros o corrales para cerdos, pollos, guajolotes o conejos y un pedazo de tierra para plantas y/o hierbas medicinales. En la escala comunitaria, la que conforma la proyección de lo que quiere y necesita la comunidad, se decide el acomodo de escuelas, canchas de básquetbol, mercados e iglesia. Formas y funciones territoriales que se alimentan de la conciencia india, la cual prevalece en las comunidades aún después de migrar a las ciudades. A pesar de la mediación que puedan tener los gobiernos o partidos políticos en la construcción material del territorio mediante programas de asistencia social que apoya construcción de vivienda e infraestructura urbana son las comunidades organizadas en diferentes escalas quienes decidieron – y aún deciden – el proceso organizativo y productivo de territorialidad urbana.

Una segunda etapa de las organizaciones indias adheridas al MUP que comparten con el resto del movimiento, consiste en producir las condiciones mínimas de reproducción de los nuevos pobladores del oriente de la Ciudad de México: se gestionó el abastecimiento de agua, energía eléctrica y medios de comunicación y transporte. Organizados en asambleas o asociaciones de colonos, en que los indígenas participaban como parte de las organizaciones, se produjeron alternativas educativas, centros recreativos y talleres culturales que dieron origen al Centro Cultural Oaxaqueño y el Faro de Oriente, redes de abasto alimenticio y la proliferación de “tianguis”¹³ – forma de comercio prehispánico – como forma del comercio e intercambio de mercancías. También se crearon

¹³ Los tianguis representan los establecimientos de comerciantes ambulantes en las calles o avenidas de las colonias que venden distintos productos: verduras, frutas, hortalizas, abarrotes, aparatos electrónicos, ropa, zapatos, etcétera.

varias cooperativas que atendían necesidades básicas como la alimentación, salud y vestido que se encargaron de constituir los mercados y centros de salud, además de organizaciones de transporte, talleres textiles, etc. Muchas de estas últimas figuras, aunque nacieron como parte de los proyectos comunitarios de territorialización de las organizaciones indias dentro del MUP, se modificaron poco a poco hasta transformarse en entidades públicas bajo la administración municipal o estatal; posible sólo a partir de la represión, hostigamiento, desaparición de representantes y/o cooptación de los mismos.

La mayor influencia de los pueblos indios en la dinámica de la lucha urbana se da por la incorporación de sus prácticas políticas. Las asambleas son una expresión de sus formas de organización, en las que se dirimen y resuelven todos los problemas que aquejan a la comunidad mediante el consenso. Estas prácticas apuntalan la necesidad de organizarse en asambleas de barrio o de colonias para exponer y resolver problemas de la comunidad. Ahora como habitantes urbanos, promueven trabajo no sólo para regularizar la propiedad del suelo sino para hacer labores que requieran la colaboración de todos, como limpieza y mantenimiento de calles, plazas, canchas de básquetbol y espacios comunes. Trabajo comunitario al que se le destina el sábado o el domingo, conocido con el nombre de “tequio” – del náhuatl *Téquitl*, trabajo o tributo.

Las organizaciones indias de Oaxaca en el MUP acentúan el papel del trabajo comunitario y en comunidad. El cual implica la participación de todos, el ejercicio de “cargos” para el servicio de la misma, que deban ser rotativos y que fortalecen la formación y aprendizaje de cada uno de los miembros – desde los abuelos y abuelas hasta los niños y niñas. Es decir, organización en la que todos participan en y por la comunidad, no sólo como organizaciones adheridas al MUP – sea por la especificidad o etapa de la lucha o por las funciones o trabajo que tenga que realizar al interior de las mismas.

Aunque los pueblos indios compartan ciertos usos y costumbres ancestrales, son diferentes por provenir de distintas regiones del estado de Oaxaca. Lo que propicia que la producción y reproducción de su territorio sea también diferente, tanto en su lugar de origen como en los lugares donde se asientan en la Ciudad de México. En la delegación Iztapalapa y el municipio de Nezahualcoyotl destacan los pueblos de las regiones mixteca, zapoteca, mixe, cuicateca y mazateca, como las más representativas aunque también se encuentran los chinantecos, chatinos, amuzgos, chocholtecos, etc. Su diversidad cultural, así

como su preocupación por reivindicaciones identitarias también los diferencia del resto de las organizaciones del MUP. En su proyección territorial india cristalizan el vínculo con su raíz tanto en el abastecimiento de productos alimenticios de su región como el de artesanías, textiles, sombreros, bebidas, música, etc. Definen espacios de comercio para sus productos como lugares de convivencia inter y transcomunitaria. Además de la lucha por vivienda, alimentación, salud y transporte, su proyección territorial apuntala su reivindicación en tanto que pueblos indios.

Por ello, la relación del campo con la ciudad para los pueblos indios de Oaxaca, en el oriente de la ciudad, esta arraigada a la forma de vida en sus comunidades de origen, tal como su respectiva territorialidad urbana. Es el caso de los mixtecos de Tonaltepetl, Tlaxiaco, Huajuapán; los zapotecos de Ixtlán, Guelatao, Tlacolula, los chochos de Coixtlahuaca, los mixes de Tlahuiltontepec, etc., ubicados en Iztapalapa y Nezahualcoyotl. Comparten con organizaciones del MUP los problemas de una megaurbe como la Ciudad de México y con ello también, ahora, nuevas formas de afrontar problemas como el crecimiento desmedido y desordenado de la mancha urbana, el desabastecimiento de agua potable, la contaminación, la delincuencia, la saturación de vialidades, proliferación de productos de mala calidad, la extensión de enfermedades degenerativas como la diabetes, la esclerosis, el cáncer, etc. Todas ellas, experiencias que los marcan en el modo de volver al uso y conocimiento de sus plantas medicinales, de reestablecer su tejido comunitario.

EL RETO DE LA PROYECCIÓN ESPACIAL COMUNITARIA

A manera de conclusión que apuntala futuras reflexiones, pero sobre todo líneas de acción política de las organizaciones populares, podemos agregar que la espacialidad de la Ciudad de México no sólo refleja la tensión permanente entre los intereses en pugna por su concreción y las contradicciones particulares de cada uno de los procesos que la definen. En la producción material e inmaterial de la Ciudad de México, en la magnitud y cualidad de sus formas y funciones espaciales, se reflejan las tensiones y contradicciones del proceso de espacialización total. Su existencia conjunta, la cristalización espacio-temporal de la ciudad neoliberal, es decir, su geograficidad, muestra una realidad específica que trae consigo nuevas contradicciones resultado de la superposición y acomodo espacial de sus procesos particulares. Son más que la simple suma

acumulativa de los múltiples proyectos territoriales particulares. Cada uno de ellos, en apariencia independientes entre sí, tanto por su cualidad y cantidad, como por su relación y convergencia espacial, desencadenan nuevas contradicciones correspondientes solamente al conjunto.

La noción de praxis inintencional¹⁴ desarrollada por Sánchez Vázquez (2003) como desarrollo de los postulados del materialismo histórico, nos ayuda aquí a comprender una dimensión profunda a la que la organización comunitaria se enfrenta hoy día de acuerdo al crecimiento desmedido y desordenado de la Ciudad de México, y la demanda social por conservar las bases materiales de reproducción de la vida comunitaria urbana y rural. Una lucha territorial comunitaria que se enfrenta a un cúmulo de proyectos políticos y económicos particulares implementados por el gobierno, el capital privado y más recientemente por la delincuencia organizada, pero además a una lógica general que se define desde la acción inintencional conjunta de todos los actores involucrados, la urbanización salvaje. Esta vez, un mosaico de proyectos territoriales comunitarios que se enfrentan y son alternativa, no sólo al proyecto conjunto de ordenamiento territorial de la burguesía, sino a una espacialidad inintencional que resulta de la manifestación urbana del capitalismo salvaje moderno.

Los movimientos sociales se organizan en su búsqueda de apuestas por proyectar comunitariamente su territorialidad urbana mientras se enfrentan a proyecciones territoriales particulares, pero también a tendencias generales. Mientras proponen y generan nuevas territorialidades comunitarias, luchan por espacios habitables, por la conservación del medio ambiente rural y urbano, por la conservación de espacios rurales productivos en su periferia, por evitar la depredación de recursos naturales vitales como bosques, tierra y agua, por evitar la masificación de la vivienda urbana bajo condiciones de hacinamiento insostenibles y por evitar que los proyectos de ordenamiento territorial y la tendencia general de crecimiento urbano enemiste a las comunidades de la

¹⁴ Adolfo Sánchez Vázquez (2003) nos recuerda que, independientemente que se trate de praxis reiterativa y espontánea o de praxis creadora o revolucionaria, sólo la praxis individual puede ser consciente. La praxis social, dicho sea de paso, responsable de la concreción de la sociedad en tanto que *espacio*, es resultado de la combinación generalmente contradictoria y conflictiva de las praxis individuales. Ella, la praxis social, siempre da lugar a productos sociales que no pueden reducirse a las intenciones de ninguno de los diversos individuos que intervinieron en su producción. Por ello, la praxis social es siempre praxis inintencional, pero no por ello inasequible a la racionalidad humana, ni resultado del caos absoluto.

periferia urbana con la rural. Dicho sea de paso, esta manera de mirar el proceso de geografización de la mancha urbana como resultado de una tendencia conjunta de múltiples proyectos internos de gestión territorial, y no sólo como resultado de un proyecto político particular, nos ayuda a entender en su catastrófica dimensión la profunda fractura metabólica material que las ciudades capitalistas han producido con respecto al campo y su periferia inmediata y mediata. Revertirla, reconstituir de manera alternativa los flujos metabólicos entre el campo y la ciudad desde una lógica territorial comunitaria e incluyente que no rinda tributo a la ganancia privada, se constituye como elemento de vanguardia que comienza a recorrer las agendas políticas de las organizaciones sociales urbanas y rurales.

BIBLIOGRAFÍA

COVARRUBIAS Gaitán, Francisco. Crecimiento metropolitano de la Ciudad de México y necesidades de financiamiento. In: SÁNCHEZ Almanza, Adolfo (Coord.). *La Ciudad de México en el desarrollo económico nacional* (X Seminario de Economía Urbana y Regional 2000). México: Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM, 2000.

FERNANDES, Bernardo Mançano. *Territorio, teoría y política*. (mimeo).

GONÇALVES, Carlos Walter Porto. Da geografia às geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades. In: CECEÑA, Ana Esther; SADER, Emir (Coord.). *La guerra infinita: hegemonía y terror mundial*. Buenos Aires: CLACSO, 2002.

LEFEBVRE, Henri. *Espacio y política: El derecho a la ciudad II*. Barcelona: Ediciones Península, 1976.

LEÓN Hernández, Efraín. Tendencias globales en la gestión del agua. Crisis ambiental, Estado y liberalismo económico. *Anuario de Geografía Nueva Época*, número cero, UNAM, México, s/d. (En prensa).

SANTOS, Milton. *La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel, 2000.

SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la praxis*. México: Siglo XXI, 2003.

SOUZA, Marcelo Lopes de. *A prisão e a ágora: reflexões em torno da democratização do planejamento e da gestão das cidades*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2006.

TAMAYO, Sergio. *Los desafíos del Bando 2*. Evaluación multidimensional de las políticas habitacionales en el Distrito Federal 2000-2006. México: SEDUVI/CAM/UACM, 2007.

Recibido em: 09/03/2009

Aceito em: 03/04/2009